



Jornadas de Investigación en Filosofía

Departamento de Filosofía.
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.
Universidad Nacional de La Plata

La alteridad de la verdad en Michel Foucault. Del escándalo a la ficción de una experiencia posible

Julia Monge (UNL)

Resumen

En el último curso publicado de Michel Foucault, el autor plantea la idea de la alteridad de la verdad desde un abordaje de las prácticas del Cinismo antiguo. En el presente trabajo nos proponemos analizar la particularidad de esa experiencia en su radical diferencia con el resto de los modos de vida propuestos en el seno de la filosofía de la época, así como también, la posibilidad de plantear su vinculación con la manera en que el autor concibe que puede operar el discurso filosófico hoy como juego de veridicción articulado con ciertas prácticas en que se configuran los sujetos.

“En los extraños
Puedo hallar, puedo ver
El fulgor de lo imaginario”.
Charly García

Nos es conocido ya el movimiento de Michel Foucault por el cual sus indagaciones históricas surten golpes de efecto sobre el presente. Movimiento de vaivén, más o menos amplio, en cuyo seno vemos a los fenómenos cambiar de signo, e incluso invertir su sentido, inscribiéndolos así en la distancia como diferencia. De allí que a primera vista no resulte curioso lo que ocurre cuando el autor revisita las prácticas del Cinismo antiguo para mostrar una de las alternativas de la vida verdadera –*alethes bios*. Sin duda para nosotros, los que hoy entendemos al cinismo como el mentir desvergonzado o la práctica de acciones y doctrinas vituperables, esta vinculación con la vida verdadera iba a resultar escandalosa; pero siguiendo el carácter de las maniobras foucaultianas, cabría pensar que en la Antigüedad representaba algo opuesto. Sin embargo, esta vez nos

equivocaríamos: el Cinismo –aunque en su sentido originario, distinto del actual- también fue un escándalo - *el* escándalo- de la filosofía griega.

El autor nos desafía entonces con un proceder más complejo, que podría al mismo tiempo estar formando parte de lo que ensaya decir. Quizás, en la diferencia táctica de su argumentación, Foucault nos señala una diferencia que en esta ocasión la ficción de su propio discurso recubre, intentando así arrojarnos al centro del problema que quiere plantear: la experiencia de la verdad como alteridad.

Gran parte de *El coraje de la verdad* está abocado a comprender cómo la experiencia cínica no ocurrió en una exterioridad desterrada del ámbito de la filosofía; cómo, a diferencia de otras prácticas que fueron puestas por principio bajo el descrédito de la falsedad, excluidas y prohibidas, ésta se ha podido mantener dentro del recinto de vinculación con la verdad, instaurándose como alteridad y sin renunciar a disputar su espacio de inscripción en los modos de vida filosóficos. Como “mueca que la filosofía se hace a sí misma...espejo roto donde se mira el filósofo y no se reconoce”¹, el Cinismo plantea a los ojos de Foucault, con una insistencia y radicalidad incomparables, no sólo la necesidad sino la posibilidad de una vida otra en la verdad, que bien hubiese podido inaugurar, antes que Nietzsche, el “camino temerario”² de la misma.

Si este sendero se ha extraviado totalmente para nosotros, es una prueba que deberíamos hacer. Pero empecemos por retrotraernos a su principio.

I

Foucault propone dos grandes líneas de la práctica de la filosofía: la que lleva a los hombres en la *askesis* hacia una realidad metafísica (el alma), y la que constituye una prueba de la existencia, que se manifiesta en la elaboración de cierto modo de vivir³. Ambas, no obstante, cruzan sus efectos en el *cuidado de sí*: si el sujeto ha descubierto la armonía entre su ser y la verdad, transformará su modo de vida, y por otra parte, si su vida no traduce esa armonía es que aún no ha accedido a la verdad. Los modelos socrático, estoico y del ascetismo cristiano de los primeros siglos que el autor analiza in extenso en *Hermenéutica del sujeto*, dan cuenta de tal movimiento. Pero en el caso de los Cínicos, hay una alteración: el modo de vida que uno lleva no es un efecto de haber accedido a la verdad, sino una condición de posibilidad para ello, se llega a la verdad en la medida en que se va realizando una inscripción en ella a través de las prácticas con

¹ Foucault, M.; *El coraje de la verdad*, FCE, Bs. As., 2010; p. 282. [En adelante: CV]

² Foucault, M.; *Microfísica del poder*, La Piqueta, Madrid, 1979; p. 114.

³ CV, op. cit., p.141.

que se desarrolla la existencia cotidiana, es la vida misma la “presencia inmediata, clamorosa y salvaje de la verdad”⁴.

Foucault hace un recuento de los cuatro sentidos en que en el marco de la cultura antigua se puede decir que algo es verdadero: como lo que no está oculto o disimulado, lo que es completamente visible; como lo que no recibe adición ni complemento, no tiene mezcla; como lo que es recto, conforme a lo que es debido y al *nomos*; y como lo que se mantiene más allá de todo cambio, persiste en la identidad, inmutabilidad e incorruptibilidad⁵. Estas cuatro acepciones que en principio caracterizan al discurso verdadero, son también aplicadas a maneras de ser, hacer y conducirse con las que despliegan una relación de correspondencia. Los Cínicos adhieren a estos principios de veridicción, pero el gesto que los distingue e introduce la diferencia con respecto a la manera en que funcionan tradicionalmente, es precisamente su inversión en el plano de las prácticas. Mediante una dramatización material, física, corporal que se apoya en la literalidad llana de dichos principios, se da lugar a un conjunto de prácticas que los transfiguran por completo, al punto de volverlos irreconocibles, y más aún, insoportables para el resto de la comunidad. La vida no disimulada aparecerá como vida impúdica a los ojos de todos; la pureza y autarquía, tomarán los rasgos visibles de la pobreza y de los despojamientos materiales extremos, llegando a la dependencia y al deshonor como formas de humillación voluntaria; lo recto, identificado con la ley natural, será ahora el deber de la animalidad; y la incorruptibilidad se alcanzará por la oposición a las costumbres y opiniones generales, como una independencia resistente. Se comprende así el por qué de tanto escándalo e indignación exacerbada: con un desprejuicio casi bufonesco pero de una entereza ominosa, el cínico desgarrar la realidad mostrando que la verdad bien podría ser *otra*, que la verdadera vida, para ser tal, demanda una *alteridad radical* que esos valorados principios en cierta forma habilitan, pero como una experiencia cuyos más férreos guardianes son incapaces de emprender.

Nos encontramos entonces con el cinismo como la posibilidad de hacer de la verdad – en sus sentidos comúnmente validados- una experiencia *otra*, que no puede sin embargo ser expulsada del horizonte de las prácticas filosóficas porque satisface la prueba de existencia que mencionamos más arriba. Al dar muestra de la verdad en las prácticas cotidianas más elementales, asumen el riesgo de la veracidad redoblado mediante la provocación, inaugurando otra versión del discurso parrhesiástico en tanto cumplen con generar una inquietud en los espectadores confrontándolos a una realidad que no quieren advertir. La mala reputación que soportan no es sino el signo del cuidado de sí mismos que practican, pues en asumirla sin desgracia radica su poder, la máxima soberanía sobre

⁴ CV, op. cit., p.185.

⁵ Ídem, p.233.

sí. Los cínicos no hacen entonces sino fabricar, “ficcionalizar” una experiencia del discurso verdadero, que emerge como una práctica real de otro modo de ser posible del mismo. Al operar en su transfiguración con los mismos principios que el resto de las escuelas pero llegando en su materialización a un modo de vida diferente, proponen otra modalidad de armonización al interior de la verdad misma, y descubren para nosotros que la alteridad de la verdad puede liberarse justo en aquello que, según Foucault, cierta policía discursiva de nuestras sociedades ha intentado por siempre conjurar: los poderes, los peligros y el acontecimiento aleatorio con su pesada y temible materialidad⁶.

Tal como hemos señalado, el análisis de la experiencia cínica se inserta en una problematización más amplia que desarrolla el autor sobre la filosofía como modo de vida, como vinculación del *logos alethes* con un *ergon* mediante el cual hace la prueba de su realidad. Lo curioso es que -siguiendo nosotros con el comentario de los artilugios metodológicos- también en esta temática mayor podemos vislumbrar la cuestión de la alteridad de la verdad, como dándose en el seno mismo del juego que en general hace la filosofía con las prácticas, o si se quiere, con el ámbito de la experiencia. En las páginas que preludian lo que venimos trabajando, Foucault señala que el decir veraz de la filosofía se sitúa en una especie de exterioridad con relación a los discursos de la política, la ciencia y la moral, de modo que operando sobre todos ellos no es absorbido por ninguno, pues manteniéndolos en su irreductibilidad pero trazando su vinculación necesaria, emerge como una chispa producto de ese roce para decir *otra cosa*⁷. Asimismo, en el curso anterior sobre *El Gobierno de sí y de los otros*, propone analizar la filosofía desde una “ontología de los discursos verdaderos”, que atendiendo al modo de ser del discurso, al modo de ser que confiere a lo real y al modo de ser que impone al sujeto que lo pronuncia, conciba toda veridicción como una práctica y analice toda ontología como una ficción relacionada con un principio de libertad como capacidad de hacer⁸.

Partiendo de esta última invitación metodológica que ahora sí Foucault explícitamente presenta, nos gustaría decantar a partir de lo que ya hemos analizado en lo que serían sus efectos para el presente. Tal vez el recurso a las fuentes antiguas muestra su rendimiento para el hoy en los movimientos ficticios posibles que emprendemos desde allí. Y es un ensayo que debemos intentar el si nos es factible plantearlo sin correrlos de la filosofía, si la experiencia de la alteridad de la verdad no se ha clausurado para nosotros, analizando de qué modo puede darse en los juegos discursivos de nuestra actualidad.

⁶ Foucault, M.; *El orden del discurso*, Tusquets, Bs. AS., 1992; p.11

⁷ CV, op. cit., p.84.

⁸ Foucault, M.; *El Gobierno de sí y de los otros*, FCE, Bs. AS., 2010; p.316.

II

En una especie de interludio o digresión, bastante afortunada para nosotros, Foucault menciona tres tipos de experiencias en las que habría trascendido la idea cínica de la vida misma como manifestación irruptiva de la verdad, de una verdad otra que combate por abrirse paso en el estado de cosas presente. Una se sitúa en el horizonte de las prácticas religiosas y es la del ascetismo cristiano más extremo, en el que una existencia completamente despojada señala que la verdad no está en este mundo. Otra se da en el contexto de las prácticas políticas y es nada menos que la militancia revolucionaria, que rompiendo con la armonía hipócrita de la sociedad, busca señalar en sus prácticas y su lucha la posibilidad concreta y el valor evidente de otra vida. La última de estas experiencias es la del artista, cuya vida singular no puede reducirse a las normas ordinarias y siempre plantea en su obra otra dimensión posible de lo real⁹. Vemos que la filosofía ya no aparece entre tales experiencias, se ha desplazado, o mejor dicho, para el autor, su posibilidad de ser forma de vida se ha visto obturada por dos frentes: por un lado, la religión ha absorbido el dominio de las prácticas que tienen que ver con un acceso a la verdad, y por otro, las ciencias han confiscado el funcionamiento de los discursos calificados como verdaderos en la sociedad.

Aún cuando este es un parecer que Foucault manifiesta reiteradas veces en distintos contextos de exposición, lo cierto es que ha puesto en circulación también una suerte de discurso paralelo, que si nos permitimos volver a especular sobre sus estrategias, tiene que ver con esas dos cuestiones que mencionamos en el apartado anterior: la exterioridad característica del decir veraz de la filosofía con respecto a los discursos circulantes, y la veridicción como práctica de ficción. Habría entonces aún una alternativa para el juego de la alteridad de la verdad en el seno del discurso filosófico, que insinuada por el mismo Foucault, revestiría el modo de una crítica que trabaja emparentada con la ficción como operador de fabricación de otras experiencias posibles.

En el mismo texto que venimos trabajando, Foucault sostiene que el parrhesiasta habla contra la ceguera de lo que son los hombres, pero no en referencia a una estructura ontológica, sino a alguna falta, distracción o disipación moral consecuencia de una desatención, complacencia o cobardía¹⁰. Esto es, dice lo que es en la singularidad de los individuos, situaciones y coyunturas y lo hace en la forma de la crítica, para dar apertura a la realidad de otro modo de conducirse. Cuando nos remitimos a los discursos dados en la sociedad desde ese locus de exterioridad para señalar una diferencia con respecto a su objeto, nos encontramos en el modo del decir veraz filosófico. Precisamente, la

⁹ CV, op. cit, p.194-202.

¹⁰ Idem, p.33.

vinculación que esta práctica traza entre el sujeto y la verdad, se funda en la creación de lo que podríamos llamar un *ethos crítico*. La alteridad de la veridicción filosófica surte sus efectos sobre esa configuración del sujeto que trasciende los roles particulares que el mismo asume en los distintos ámbitos de su existencia, tiene que ver con esa actitud general desde la cual se dispone a la experiencia cada uno. La actitud crítica -con cuyo análisis curiosamente Foucault inicia las lecciones del *Gobierno de sí...*-, tiene precisamente ese carácter irruptivo que era gesto fundamental de los cínicos, ese ademán que introduce una cesura en la realidad, y que señalando la posibilidad de variar los modos de ser en que se dan las cosas, apela a la alteridad de la verdad como algo por venir, por ser traído a lo actual, nada más y nada menos que como una experiencia.

“Una experiencia es siempre una ficción, es algo que uno fabrica para sí mismo, que no existía antes y que va a encontrar existiendo después”¹¹

Si el movimiento por el cual se consigue volver inteligible el funcionamiento de ciertas prácticas y discursos, y aquel por el cual se logra desprenderse del carácter de factum con que se intentan revestir esos juegos de verdad, debe llegar a ser para Foucault uno y el mismo, entonces una experiencia otra de la realidad adviene estrechamente vinculada con la función crítica del modo de veridicción filosófico, cuyo efecto será provocar una interferencia entre una ficción de lo que ha sido y la ficción de un futuro totalmente indeterminado, que repercute sobre nuestra constitución del presente. La ficción deja de entenderse entonces asociada a la mentira y se reviste con el carácter de lo posible, de lo que contamina lo fáctico mostrando la precariedad de su imperio, en la medida que con el sólo hecho de variar en una imagen lo dado puede tener un efecto altamente desestabilizador. De ahí su vinculación operativa con la crítica como práctica de desubjeción, pues descubre el trabajo constante de la verdad con la ficción, distinguiendo aquellas ficciones aceptadas y encubiertas como tales y aquellas que deben ser conjuradas por su peligro.

La alteridad de la verdad o la verdad otra se inserta en el modo de la ficción – no de lo falso sino de lo que no es pero puede ser-, de la parodia, lo teatral, pero adquiere consistencia y disputa la realidad en cuanto una experiencia la sostiene, y una experiencia que puede reconvertir el status de las manifestaciones estruendosas: ¿Qué pasaría si nos reapropiamos del espectáculo y del escándalo ya no como encubridores y elementos de distracción, sino como manifestaciones corrosivas, ineludibles, como pruebas, como testimonios que redoblan por su naturaleza exagerada el peligro y la gravedad de lo que intentan denunciar?

¹¹ Foucault, M., *Tecnologías del yo*, Paidós, Bs. AS., 2008; p.34.

“En cuanto al problema de la ficción, es para mí un problema muy importante; me doy cuenta que no he escrito más que ficciones. No quiero, sin embargo, decir que esté fuera de la verdad. Me parece que existe la posibilidad de hacer funcionar la ficción en la verdad; de inducir efectos de verdad con un discurso de ficción”¹²

Refiriéndose a esta declaración de Foucault, Deleuze sostiene que “nunca la ficción ha producido tanta verdad y realidad”¹³, y que podemos encontrar en aquel pensamiento precisamente los fundamentos para una nueva pragmática¹⁴. Curiosamente, lo mismo que Foucault intentaba reanimar en este curso de 1983: la redefinición de la filosofía como *pragma*, constituyendo un modo de vida, mejor dicho, no uno sino varios, como experiencias posibles de la vida *otra*, claro.

¹² Foucault, M., *Microfísica del poder*, op. cit, p. 162.

¹³ Deleuze, G., *Foucault*, University of Minnesota Press, 2006, p.120.

¹⁴ Ídem, p. 9.